

Obras y Autores:

Javier Rodríguez Lefebvre: Tiempo Inmóvil

Por HERNÁN DEL SOLAR

Todo prologuista es, a menudo, un hombre peligroso. Se le pide que escriba sobre un autor y su obra, y el caso es que suele cumplir este encargo de manera muy curiosa. Si es egoísta, aprovecha la ocasión de contar con una tribuna para hablar de sí mismo, luego de dar una mirada de soslayo a lo que se le ha pedido más o menos humildemente. Si es dogmático, deja a un lado la obra que tiene enfrente y predica acerca de cómo debe escribirse. Si es charlatán, relata sin ninguna gracia lo que el lector no tardará en conocer en el libro.

Además, el escritor que le pide a otro un prólogo corre el riesgo de no escribir tan bien como el prologuista, que sin mucha dificultad —aunque ésa no sea su intención— eche sobre la obra tal sombra que ya nadie quiera leerla lleno de buena voluntad.

"Tiempo inmóvil", cuentos de Javier Rodríguez Lefebvre, tiene prólogo de Manuel Rojas. ¿Y qué ocurre, entonces? Algo que era de esperar. Rodríguez Lefebvre y su libro quedan ante el lector con sus características personales, exactamente como son, sin que Manuel Rojas se esfuerce. Su prólogo es cordial, humano, informativo, y en pocas palabras valora al autor y sus posibilidades futuras. "Javier —dice— es un hombre que tiene fe en sí mismo y quisiera un poco en la humanidad, no en toda, por supuesto. Escribe y publica y vende y no se cansa. Seguirá haciendo lo mismo. A nada le quita el cuerpo. Pertenecer a los persistentes sin apuro, esa persistencia sin apuro que distingue a los escritores de vocación. No piensa en llegar sino en trabajar, y eso lo mantendrá siempre bien. Es de buena estirpe".

Breves palabras para referirse al hombre y a su trabajo. Dan la impresión de estarlas oyendo de labios de Manuel Rojas. Tranquilas, sinceras, justas. Porque ocurre que este hombre grande, recto, de apariencia altiva, desdenosa,

tuvo un gran respeto del oficio de escritor, solidariándose siempre con los que lo ejercieron. Es decir, con aquellos que son escritores sin creerse, por eso, semidioses. El escritor es, sencillamente, un hombre. Y el quehacer que ha elegido es duro, ingrato. Bien lo supo Rojas, que no por casualidad alcanzó renombre y respeto de todos. Tuvo "persistencia sin apuro". Y la señala en Rodríguez Lefebvre.

"Tiempo inmóvil" consta de once cuentos. No es, ciertamente, el primer volumen de su autor. Tiene dos o tres más, sin contar una antología del cuento femenino chileno. Sin prisa ni bombo camina por nuestra literatura con paso firme y sereno. "No piensa en llegar, sino en trabajar", ha dicho Manuel Rojas. Y es muy cierto. Rodríguez Lefebvre sabe que nunca se llega a parte alguna donde uno ha de quedarse para siempre satisfecho, respirando gloria o gloria. Siempre se llega a un punto de partida. Hasta cuando se trata de la muerte.

¿Qué caracteriza de manera más visible la obra de Rodríguez Lefebvre? Diríamos que su lenguaje. Este escritor ha ido en busca de la expresión coloquial. No es cosa nueva; pero, sí, peligrosa. Fácilmente se cae en un idioma que no hablan ni siquiera los fantasmas, tan entretenidos siempre en que nadie les entienda. Esto de la expresión coloquial está hoy muy en voga. Poetas y prosistas "coloquiales" andan por ahí atropellándose. Resulta fácil escribir como se habla. Lo que ya no es tan fácil es hablar bien.

El idioma coloquial de Rodríguez Lefebvre es —y conviene advertirlo— el habla justa de sus personajes. De aquí que, tenga, cada vez, notas particulares, matices, cambios, y haya groserías bastante oportunas. Todo depende de la naturaleza de los hablantes, de las circunstancias que les piden soltar la lengua, de las pasiones o despreciativas habilidades que los envuelven sin consideración alguna.



El tiempo inmóvil.

No se trata, pues, de un afán de distinguirse. Ocurre que muchos de nuestros escritores "coloquiales" construyen la mala retórica de su "coloquio" con un cuidado advertible. Prodigan a veces a troche y moche vocablos y giros de vómito de socia amanecida, y lo hacen conscientemente, muy a gusto, porque quieren que se les tenga por vigorosos, audaces, superiormente dotados para el "verismo" en marcha.

Rodríguez Lefebvre fija su atención, por lo general, en personajes de baja clase media y los coloca en situaciones difíciles, esas situaciones que el destino se complace a veces en preparar, cerrándolas de muros gruesos que impiden la escapada. Los personajes, procurando zafarse de las amarras de la triste suerte, piensan y hablan en un lenguaje nada académico. Es natural. Y no lo hacen por ser personas de la baja clase media; lo mismo lo harían, con poquitas variantes, siendo aristócratas o matarifes.

Rodríguez Lefebvre quiere autenticidad. Y la obtiene con el lenguaje. Es la mejor manera de conseguirla. Tanto peor para los personajes, si algunos lectores de idioma sin mancha los tratan de malhablados, groseros, insostenibles. O quizás, tanto peor para los lectores que, disgustados, abandonan el libro. Y lo decimos convencidos de que pierden. Se quedan sin conocer una buena historia, entretenida, a menudo llena de detalles

inesperados, y sin oír delirar o ensufecerse a personajes que, de puro humanos, no se distraían. ¿Para qué hacer creer que son alondras, canarios o imprevisos ruseñores?

Este escritor posee la facultad de reír y hacer reír. No es un don que abunde. Somos graves. O estamos paráliticamente serios, o nos lanzamos a las llamas de una furia sopada por todos los vientos. Pero reír, lo que se llama reír, qué raro es oírlo o leerlo. Sobre todo, leerlo. No es habitual reírse del mundo con sus bienes y sus males, ni tampoco de los que en el mundo viven, con sus virtudes y defectos. En cuentos como "De hombre a hombre", "El cazador de montañas", para no mencionar sino dos de los que nos parecen mejores, el humor brota espontáneamente. Tiene por delante el mundo y lo da vuelta de uno y otro lado, con alguna gente dentro, y poco le cuesta encontrar los ángulos exactos para percibirlo todo de manera que estalla la buena mofa. Decimos "buena" por la simple razón de que no estamos en estos cuentos, ni en otro alguno, con la buria enconada que tiene el puñal bajo el poncho. Estamos con un escritor que sabe observar, inventar, ejercer su oficio sin adios ocultos ni intenciones turbias. Su risa es ingenua, imaginativa. Buen escritor, enfrenta a sus personajes y les hace vivir a noche abierta.

El Mercurio, Sept. 29-IV-1973, p.6.

Javier Rodríguez Lefebvre: tiempo inmóvil [artículo] Hernán del Solar.

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Javier Rodríguez Lefebre: tiempo inmóvil [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa